

Las latitudes del deseo

NEFELIBATA



SHUBHANGI SWARUP

Las latitudes del deseo

Traducción de Begoña Prats



Duomo ediciones

Barcelona, 2021

*A mis padres, Sunanda y Govind,
al valor de las palabras y a la sabiduría del silencio*

ISLAS

El silencio en una isla tropical es el sonido incesante del agua. Las olas, como tu propia respiración, nunca te abandonan. Hace ya dos semanas que el borboteo y el estruendo de las nubes ha ahogado el de las olas. La lluvia martillea sobre el tejado y resbala por el borde hasta deshacerse entre chapoteos. Hierve a fuego lento, azota, repiquetea y se desliza. El sol ha muerto, te dice.

En los sonidos anida un silencio elemental. La quietud de la neblina y la calma del hielo.

Los recién casados Girija Prasad y Chanda Devi se han resignado a su suerte: extraños en un dormitorio húmedo de deseo e inundado por sus sueños incipientes. Y estos días Girija Pasad sueña con furia. Porque las lluvias son propicias a las fantasías, una verdad no científica.

Una noche el aguacero se detiene de pronto y eso lo despierta. Su oído se ha ajustado a la cacofonía tropical como el de un cónyuge al ronquido de su pareja. Girija se despierta de un sueño húmedo y se pregunta qué ha ocurrido. ¿Quién ha salido de la habitación?

Se asoma por el borde de su cama de matrimonio y echa un vistazo al colchón del suelo en el que Chanda Devi duerme de cara a la ventana, no hacia él. Excitado, contempla las curvas de su silueta en la oscuridad. Cuando los unieron para varias reencarnaciones dando siete vueltas alrededor del fuego sagra-

do durante su ceremonia nupcial, ella siguió sus pasos dócilmente, con la firme convicción de que el destino había vuelto a unirlos en una nueva encarnación. Aunque en esta, él tendría que volver a hacerse un hueco en su corazón.

–Hasta entonces –le informó la primera noche–, yo colocaré mi cama sobre el suelo.

Chanda Devi está totalmente despierta, angustiada por los gritos procedentes del más allá. Es el fantasma de una cabra. El fantasma ha escapado de incontables reinos para acabar vagando sobre su tejado. Y ahora sus inquietas pezuñas han descendido hasta quedar debajo de la ventana abierta, llenando de culpa la habitación y la conciencia de Chanda Devi.

–¿La oyes? –pregunta. Nota los ojos de él en la espalda.

–¿Si oigo el qué?

–La cabra que bala ahí afuera.

La desesperada erección de Girija Prasad desaparece. Ahora está atento a Chanda Devi y al dilema que le plantea.

–No hay ninguna cabra vagando por nuestra casa –replica exasperado.

Ella se sienta. El balido se oye ahora más alto, como para indicarle que le diga a su marido soñoliento: «Me has quitado la vida, ¡pero no puedes quitarme mi vida en el más allá, carnívoro pecador!».

–Está justo debajo de nuestra ventana –le dice.

–¿Te asusta?

–No.

–¿Te está amenazando?

–No.

–Entonces tal vez podrías ignorarla y volver a dormirte.

Lo que Girija Prasad ha querido decir es que debería hacerlo, no que podría, pero le falta valor para mostrarse severo. Se ha dado cuenta de que su mujer no responde bien ni a la dialéctica ni a la coacción. En realidad, no responde bien a la mayoría de

las cosas. Si fuera menos atractiva, él habría podido ignorarla y retomar el sueño.

—¿Cómo puedes dormir? —pregunta ella—. Le diste un hachazo a esa criatura inocente, la convertiste en carne picada, la freíste con cebollas y ajo y luego te la comiste. ¡Y ahora su alma inquieta acecha nuestra casa!

Si las almas de los muy diversos animales que él ha consumido regresaran para acecharlo, su casa sería una combinación de zoo y establo en la que no habría espacio para moverse, y mucho menos para dormir. Pero el afable Girija Prasad no puede decir algo así. Han pasado dos meses desde su boda y ya se ha resignado a la fértil imaginación de su mujer. El hecho de atribuir su comportamiento a su imaginación y no a un trastorno mental es un acto deliberado de esperanza. Por el bien de los hijos que aún no han tenido y de las décadas que van a permanecer unidos, anuncia:

—Si eso te ayuda a dormir, dejaré de comer carne.

Así es como el carnívoro Girija Prasad se hace vegano, con gran sorpresa tanto de él como de su esposa. Por el bien de unas cuantas horas de descanso, dice adiós para siempre a los huevos revueltos, al *biryani** de cordero y a los bistecs.

Con la primera luz del alba, ella se levanta de la cama. Entra en la cocina para preparar un elaborado desayuno. Hay en sus movimientos una nueva vida, y una sonrisa revolotea en su silencio. Ahora que se han acabado los asesinatos, es el momento de levantar una bandera blanca en forma de *aloo parathas*, pan indio relleno de patatas. Dos horas después, se lo sirve a Girija Prasad y le pregunta:

—¿Cómo están?

Él no puede evitar sentirse intranquilo, por las razones equivocadas. El sol por fin ha salido. Su mujer, que le ha preparado

* Plato de arroz basmati con especias y carne o vegetales.

el desayuno por primera vez, ha sido lo bastante audaz como para colocarle una servilleta en el regazo, rozarle los pantalones, derramar su cálido aliento sobre su piel. Girija Prasad ansía el consuelo de la grasa mezclada con carne, pero no la encuentra en su plato.

–¿Cómo están? –vuelve a preguntar ella.

–¿Quiénes? –dice él, desconcertado.

–Los *parathas*.

–Perfectos.

Ella sonrío y le sirve una segunda taza de té.

Chanda Devi, la clarividente. Le dan lástima los fantasmas y disfruta de la lacónica compañía de los árboles. Puede sentirlos, percibir sus anhelos no expresados. Pero sabe que él estará mejor si renuncia a la carne. El reino de la carne es tan efímero como inestable, sobre todo comparado con el reino de las plantas. Chanda Devi lo ha visto todo, incluso los ríos de sangre que manarán un día de su cuerpo. Eso, ese conocimiento, la vuelve obstinada. La vuelve una esposa exigente.

Cuando Girija Prasad fue a Oxford, era la primera vez que abandonaba solo su hogar en Allahabad. Tras un viaje de cuatro días en coches de caballos, ferris y tren, al sentarse por fin en el barco que lo llevaría a Inglaterra, había dejado atrás tarros de encurtidos, *ghee parathas** capaces de sobrevivir a los seres humanos, imágenes de un repertorio de dioses y también de su familia, incluido un retrato de su madre que había pintado él mismo.

Aunque le aliviaba dejar atrás a los dioses –en especial a Rama, el hijo obediente que abandonó a su mujer sin motivo, y al *baba* de la orilla, que no era un dios sino un hombre senil y hambriento–, le había parecido imposible deshacerse del re-

* Pan hecho con ghee, una especie de mantequilla clarificada.

trato de su madre sin derrumbarse. Pero también lo era mirar su rostro, a océanos de distancia. Para afrontar la separación, debía empezar una nueva vida. Una vida radicalmente distinta, cuyo mero pensamiento lo abrumaba. Perdido en un océano sin fin, se hundió en un caparazón de silencio. Las lágrimas que no derramaba se manifestaban en forma de tozudo estreñimiento. Diligente documentalista del reino vegetal, Girija Prasad llevaba consigo kilos de cáscara de isagbol a tal fin. También llevaba tulsí seco, nim, jengibre, cúrcuma en polvo, corteza de canela y pimiento molido para contrarrestar otras dolencias físicas. Al llegar a Dover, los agentes de aduanas lo tomaron por un contrabandista de especias.

Un día después de su llegada al Blimey College, en Oxford, Girija Prasad Varma se convirtió en Varma, que fue como lo bautizaron sus tutores, poco habituados a los nombres hindúes. En su primera noche probó el alcohol por primera vez y también rompió el tabú, que se remontaba a numerosas generaciones atrás, de consumir productos *jhootha*, es decir, contaminados por la boca de otra persona. Cuando los estudiantes de primer año empezaron a pasarse la colosal jarra de cerveza, se enfrentó a dos opciones: aceptar incondicionalmente aquella cultura o consumirse para siempre en la encrucijada. En su escritorio no había retratos o deidades que pudieran reprenderle. A la mañana siguiente, probó los huevos por primera vez. Tanteó con el tenedor el salado globo amarillo y lo vio temblar, y no tardó en encontrarle el gusto a lo compleja e impredecible que podía ser la vida.

Girija Prasad Varma, el primer estudiante indio de la Commonwealth, regresó a casa al cabo de cinco años con una tesis doctoral que terminaba con dos palabras autóctonas: *Jai Hind*. «Por la victoria de la nación india», fue como se las tradujo a su director. A instancias del joven primer ministro de la India,

le encargaron la organización del Servicio Forestal Nacional en el primer año de la independencia, 1948.

La mayoría de las conversaciones vespertinas entre los bebedores de té de Allahabad incluían descabelladas teorías que los relacionaban con el ilustre soltero. Pero ¿por qué habría elegido que lo destinaran a las islas Andamán, se preguntaban las tías, un lugar conocido tan solo por sus defensores de la libertad exiliados y las tribus desnudas? Se rumoreaba que no había ni una sola vaca en la isla y que la gente debía conformarse con beber té negro.

Una de las bebedoras de té, Chanda Devi, medallista de oro en matemáticas y sánscrito, se sentía aliviada. Sus medallas la tenían atrapada como un cinturón de castidad. Tan solo un hombre más cualificado se atrevería a casarse con una mujer inteligente. Si por ella fuera, se habría casado con un árbol. Hombres y mujeres le desagradaban por igual, los que comían carne aún más, y los que comían carne de vaca los que más. Pero en 1948, hasta los misántropos se casaban, aunque solo fuera para incrementar su tribu.

La tarea de unirlos se le encargó al baba encorvado y hambriento que se sentaba en la orilla del Sangam: la confluencia del Ganga, el Yamuna y el mítico Saraswati. Los bancos arenosos estaban siempre atestados de devotos que gemían, cantaban y oraban a voz en grito, despistando así a las ranas, que creían que la estación de apareamiento se alargaba todo el año.

La madre de Girija Prasad, vestida con un *ghunghat*,* visitó al baba y le ofreció plátanos y una guirnalda de caléndulas amarillas. Al tocarle los pies, todas sus preocupaciones manaron en cascada. Su hijo era excepcionalmente inteligente, estaba excepcionalmente cualificado y tenía un futuro excep-

* Pañuelo usado en el subcontinente indio por las mujeres casadas para cubrirse la cabeza.

cionalmente brillante. También era excepcionalmente guapo. Había heredado los rasgos de su madre y, de su padre, tan solo la barbilla.

Un devoto entrometido preguntó:

–Entonces, ¿qué problema hay con tu hijo, *behenji*?*

–¡No encuentro una mujer que esté a su altura!

–Pero ¿qué problema hay? –preguntó asimismo el baba.

La madre de Girija Prasad estuvo a punto de repetir lo mismo, pero al ver la sonrisa del baba se contuvo. Los hombres sagrados tenían la costumbre de hablar con acertijos y palabras pronunciadas a medias. El hombre se comió medio plátano en silencio, cogió la guirnalda y la lanzó al aire. La guirnalda dio varias vueltas antes de caer sobre los hombros de una perpleja Chanda Devi, que hasta entonces había estado perdida en sus himnos. Y así fue como se concertó el matrimonio entre el hombre que estudiaba los árboles y la mujer que hablaba con ellos.

–Pero baba –ahora era el turno de lamentarse del padre de Chanda Devi–, mi hija no habla inglés y es una vegetariana estricta. Y este hombre al que has escogido ha hecho un doctorado sobre los nombres de las plantas en inglés y... y... ¡he oído que ha probado la carne de vaca!

El baba peló otro plátano.

–Hijo, tú solo ves el presente –dijo, y le tendió la piel al padre para que se enfrentara con ella a las verdades metafísicas.

Lo cierto es que fueron las islas las que los unieron. Chanda Devi soñaba con huir de un hogar asfixiante para vivir en compañía de los árboles. Para Girija Prasad, era un poco más complicado.

* Mujer que da preferencia a la ropa o la música tradicional por encima de la occidental.

Aunque las islas debían su nombre al mar de Andamán que las rodeaba, hasta ahí llegaba su sumisión. Allí las gallinas se comportaban como palomas y se posaban en las ramas de los mangos. Las mariposas que revoloteaban por el aire caían presas del sueño y flotaban hacia el suelo como hojas otoñales. Ascéticos cocodrilos meditaban en las riberas de los manglares. En las Andamán, las especies carecían de nombre. Durante muchísimo tiempo nadie pudo colonizarlas, pues la impenetrable espesura ocultaba algo más que historia natural: ocultaba tribus abandonadas por la migración litoral original a través del océano Índico. Gente que prefería leer la mente a las confusiones del lenguaje y que se vestía tan solo con una ira primitiva. Que tan solo disponía de arcos y flechas para ahuyentar la sífilis de la civilización. Su mundo era una enorme isla que se mantenía unida gracias a enredaderas gigantes, no a la gravedad.

En esta hebra anudada de islas, Girija Prasad esperaba vivir la vida que siempre había soñado: una vida de soledad. Soltero intrépido al tiempo que una sencilla criatura académica, se dirigía a todas las mujeres como si fuesen su hermana, su cuñada o una tía. Era incapaz de percibir que el atractivo de los bosques vírgenes no era tan solo el de lo inexplorado; también era el atractivo de la consumación. En aquel lugar, su mundo experimentó un terremoto. Los temblores le atravesaron el cuerpo durante una excursión por el bosque al ver un árbol que en realidad eran dos árboles entrelazados. Una higuera se había enroscado alrededor del tronco de un padauk de Andamán de dieciocho metros de altura. Por primera vez vio dos árboles adultos creciendo en posición coital y bloqueando el cielo con su abrazo. Las orquídeas parasitarias encontraban asidero en los árboles entrelazados. Un tumor cancerígeno en lo alto del tronco se entrometió en sus pensamientos con su aspecto casi humano, haciéndole creer que los árboles lo miraban. Unas

raíces con aspecto de garras se arrastraban por el suelo como pálidas pitones. Notaba como se acercaban a él centímetro a centímetro y se detenían junto a los dedos de sus pies. Allí de pie, Girija Prasad se sintió como una hormiga, arrastrando los pies, tentado por lo imposible.

Así que más tarde, cuando su madre comenzó a buscarle novia, no puso objeciones. La ciencia le había enseñado que toda creación requería de una inversión masculina y femenina. Y las islas lo seducían con la belleza de todo lo que albergaban.

Un mes después del comienzo de los monzones, las cuatro paredes y el techo que se supone que deben mantener seca a la pareja se han reducido a un mero gesto simbólico, un cálido pensamiento dejado atrás por los británicos. Porque las lluvias han calado hondo en su ser. Una pared invisible se ha desplomado y los ha llenado de curiosidades y preocupaciones de otros tiempos.

La primera vez que Girija Prasad vino aquí, llegó creyendo en verdades a medias como que «ningún hombre es una isla». Ha tardado un año en darse cuenta de que ninguna isla es una isla, tampoco. Forma parte de un patrón geológico mayor que conecta todas las tierras y los océanos del mundo. A ochocientos metros de su casa ha encontrado una planta que solo se había visto con anterioridad en forma de fósil en Madagascar y África central.

El día que marcaría el final del aguacero y sus citas con los bistecs, Girija Prasad se pasó sus horas de trabajo investigando el antepasado de todos los continentes: Pangea. Un supercontinente, una única entidad que se fragmentó en todos los pedazos de tierra que existen; una posible explicación para la planta encontrada cerca de su casa, puesto que el subcontinente indio se desprendió de África y se desplazó hacia Asia. Estudió el mapa mundial que tenía extendido ante sí.

–Un rompecabezas imposible –dijo en voz alta.

Los esfuerzos del día se vieron recompensados en sus sueños nocturnos. El ombligo de Latinoamérica dormía plácidamente en el surco del África occidental. El rompecabezas encajaba con tanta precisión, que Pangea cobró vida. Lo que durante el día parecían retazos que se desprendían y flotaban, adoptaron en ese momento la forma de un ser vivo. Se sintió extasiado al ver cómo este extendía sus brazos desde Alaska hasta el extremo oriental de Rusia, al ver cómo alzaba la cabeza y se ponía en pie, dejando de lado los polos. Pangea cobraba vida con la gracia de una bailarina. Se emocionó. Pero cuando el aguacero se interrumpió de golpe, lo despertó. Allí rumiando medio dormido, se preguntó por qué los continentes se habían separado en un principio. El agua se colaba por las grietas, un hilillo se convertía en un arroyo, los arroyos se convertían en ríos. Y a partir de entonces no había vuelta atrás.

De la noche a la mañana, los ríos revelaron grietas que solo los océanos podían llenar. Forma parte de la naturaleza del agua absorber el vacío, dentado por hendiduras, picos y otras simetrías irregulares. Solo un estúpido consideraría que las orillas de los continentes, los bancos de arena y las tierras resacas son el final de una superficie ininterrumpida de agua. Como mucho, son obstáculos y pausas. O una cháchara absurda. Las islas son una cháchara absurda en un océano meditativo.

Se asomó desde su cama de matrimonio y contempló la silueta de su mujer. Se preguntó qué estarían pensando los continentes. Tal vez Pangea soñara con ser un millón de islas. Tal vez el millón de islas soñaba ahora con ser una sola. Igual que los marineros con sus ridículos atavíos a los que reinas locas enviaban al mar, tal vez los continentes también habían descubierto que el fin de un mundo no es más que el comienzo de otro.

Qué más daba, pensó. Aunque tuviéramos la respuesta, se-

guiríamos estando solos. Igual que la isla en la que vivía, se había adentrado demasiado en el océano para tomar otro camino. Solo Dios podía ayudarlo a soportar la soledad generada por sus camas separadas. Durante un breve instante, el ateo deseó creer en Dios.

Criado como un hindú devoto, el ateísmo de Girija Prasad no era un acto de rebeldía. Tan solo era una manera de extender su sistema de creencias, igual que Pangea extendía sus brazos. Todos los lánguidos viajes en barco que había hecho entre Inglaterra y la India, Calcuta y Port Blair, lo habían cambiado. «De pie en la cubierta de un barco, meditando sobre el azul verdoso, es lo más cerca que se puede estar del infinito – le había escrito a su hermano en una ocasión–. De pie ante el infinito, lo que te preocupa no son tus creencias sino aquello que has rechazado.»

Aquella noche no se acercarían más. Continentes separados por sus creencias, Dios era el precario istmo que los conectaba.

Y, en ese momento, el diablo era una cabra.

–¿Lo oyes? –preguntó ella–. ¿El balido?

Y Girija Prasad dijo adiós a su erección, la número noventa y uno en sus dos primeros meses de matrimonio.

No es que Girija Prasad llevara la cuenta de todas sus erecciones desperdiciadas, pero el fenómeno se había convertido rápidamente en un símbolo de nerviosismo y amor no consumado, del mismo modo que las rosas son una celebración del amor que anuncia ese algo invisible e íntimo que comparten dos personas.

De adulto, Girija Prasad nunca había vivido con una mujer y tan solo podía imaginar la arremetida que generaría el hecho de tener una en su vida. Vacío la mitad de su armario y le dejó a ella los estantes y los colgadores más altos. Pero tras observar a las esposas de otros oficiales, se dio cuenta de que era posible que su mujer también tuviera un sari distinto para cada ocasión, con brazaletes y sandalias a juego. Así que mandó construir un nuevo armario con madera de teca birmana. Embriagado por la belleza de un rostro que aún no había visto, hizo colocar un espejo de cuerpo entero en la puerta del armario. Estaba también el problema de las cortinas. Él no tenía ninguna. La privacidad era un asunto femenino y, más importante aún, Girija Prasad no tenía vecinos de los que esconderse. Así que colgó sus *lungis*,* la única prenda adecuada de la que disponía, de las ventanas.

* Tipo de *sarong* utilizado en regiones donde la humedad y el calor hacen muy incómodo el uso del pantalón.

Antes de lanzarse al difícil y esperanzador viaje que emprenden la mayoría de los animales en busca de un compañero, pensó en ella. Aunque había preparado su guarida de antemano, ¿cómo podía mostrarle su gratitud? Shakespeare y los románticos le habían enseñado que a las mujeres les encantaban las rosas o, al menos, que las compararan con ellas. Así que encargó una caja con las más hermosas que él había visto nunca, halladas en las distantes colinas azules de Kalimpong. Un mes después, cuando llegaron tras un arduo viaje a través de puertos de montaña y mar, solo una había sobrevivido. Abrió la caja y se enfrentó a las plántulas destrozadas y los capullos marchitos de lo que deberían haber sido rosas gigantes de color fucsia. Se lo tomó como una señal, un signo de mal agüero. Estaba decidido a cuidar la única plántula que había sobrevivido. La pondría en su despacho para protegerla del intenso sol –solo recibiría los suaves rayos del amanecer y del anochecer– y utilizaría un gotero para regarla. Un estudio reciente publicado en *The Oxford Journal of Applied Aesthetics* demostraba que a las plantas les gustaba la música clásica, sobre todo la de Mozart, así que llevó el gramófono a su despacho y provocó una y otra vez a su símbolo de amor para revivirlo.

Cuando regresó con su esposa, Girija Prasad se sintió eufórico al encontrar una rosa solitaria que se bamboleaba con el viento, ofreciéndole diversas tonalidades de rosa. Al fin, el bungaló era verdaderamente lo bastante bueno para su amada.

Conocida popularmente en las islas como Bungaló Goodenough, la residencia de Girija Prasad se había construido en los años treinta para hospedar a lord Goodenough en uno de sus viajes. Como ocurría con la mayoría de visitas de dignatarios, nadie sabía con certeza el propósito que se escondía tras sus expediciones a los rincones más alejados del Imperio, en especial a un inminente asentamiento penal como las islas Andamán.

Tras años de intentos fallidos y cambios de lugar, la cárcel y sus oficinas por fin estaban terminadas. Dos de cada tres obreros, en su mayor parte prisioneros, habían muerto –debido a flechas tribales, picadas de escolopendra, ataques de cocodrilos, ahorcamientos, tortura y la vieja y conocida añoranza– durante la construcción de la cárcel, y el resto fallecería entre sus muros de piedra. Su muerte no supondría una pérdida para el Imperio.

El aislamiento del archipiélago espoleaba la imaginación de los colonizadores para crear elaborados métodos de tortura, dedicando islas enteras a métodos específicos. También inspiró a lord Goodenough para hacer algo más que inspeccionar los trabajos de albañilería y bailar con los nativos. Un deseo secreto lo empujaba a visitar las más recientes adquisiciones del Raj. Era el deseo de poner nombre a las cosas. Su propio nombre lo había obligado a desarrollar a muy temprana edad su sentido del humor, y llevaba toda la vida esperando a descargarlo sobre criaturas, objetos y tierras desprevenidos. Desde la aburrida comodidad de su mansión ancestral, el lord vigilaba de cerca los acontecimientos del océano Índico, plagado de islas apenas garabateadas. Las islas, en un sentido intuitivo, eran el lienzo perfecto para practicar el arte de la nomenclatura. El elevado aislamiento convertiría las especies en endémicas y antes o después habría que darles un nombre propio. Las únicas excepciones a esta regla eran los propios británicos. Estos habían roto la mayoría de las leyes de la naturaleza dejando que su isla se multiplicara en otras sin perder ninguna de sus características originales, tan solo sus mármoles.

Lord Goodenough creía que un nombre adecuado debía unir las lenguas en matrimonio, igual que la colonización obligaba a hacerlo a culturas diversas. Al llegar a una bahía desconocida mientras tomaba su desayuno en un lujoso barco, la bautizó

como bahía Desayuno, y a los lugares de aterrizaje cercanos los llamó Mermeladaganj, Beiconabad y Bollopur.

El lord pasó una semana en la casa en la que ahora vivía Girija Prasad. Edificada sobre el formidable pico de una montaña, la ubicación era un lugar de paso muy popular para los miembros de las tribus que iban de oeste a este, hasta que se obligó a los prisioneros políticos a tronchar los matorrales bajo el amenazador sonido de las pistolas que disparaban al aire. El bungaló estaba erigido sobre pilares para sobrevivir a las intensas lluvias y los terremotos. También se había construido una plataforma elevada de bambú, a tres pisos de altura. Era desde este fantástico pináculo desde donde el lord espiaba aquello por lo que pasaría a la historia por espiar.

A través de los prismáticos, vio un grupo de mujeres de la tribu desnudas, con pechos y nalgas significativamente más grandes que los de cualquier otro grupo documentado. Distráido por sus enormes atributos, pasó por alto el pulgar extra que todas poseían. Lord Goodenough se pasaría semanas buscando el nombre perfecto para ellas, un nombre que fuera sencillo y que aun así reflejara la gloria de esas nalgas y esos pechos.

El nombre se le ocurrió mucho después, en el viaje de vuelta a casa, mientras estaba sentado en el comedor del barco cortando su beicon en seis partes iguales, un ritual matutino que le resultaba terapéutico en medio del aburrimiento en alta mar. Atrapado como estaba en sus infantiles intentos de jugar a ser Dios, el nombre lo acercó a Dios. Y así fue como la tribu con seis dedos más peligrosa de la India fue bautizada como los Nanga Divinos, o los Desnudos Divinos, como lo tradujo más tarde el *Oxford Dictionary*.

Cinco años después de la visita de Lord Goodenough a las Andamán, un terremoto se mofaría de todas sus construcciones coloniales, partiendo en dos la isla en la que se levantaban las ofici-

nas británicas. También el bungalow de Goodenough se derrumbó y la plataforma se deslizó por la montaña como si descansara sobre una piel de plátano. El terremoto fue un presagio de catástrofes mayores, en particular la Segunda Guerra Mundial.

Durante la guerra, las islas Andamán fueron las primeras en reclamar la independencia de los británicos, tan solo para ser capturadas por los japoneses. Mientras que los blancos comían con tenedores, cuchillos y cucharas, aquellas personas bajitas utilizaban tan solo dos palillos. Esta simplicidad de pensamiento se reflejaba en sus métodos de tortura. ¿Para qué poner grilletes a alguien cuando se le podían retorcer piernas y manos hasta que se rompían? ¿Para qué ahorcar a alguien cuando se le podía decapitar con un eficiente tajo de espada? Y ¿para qué obligar a los nativos a desprenderse de sus productos agrícolas cuando se les podía ahogar en medio del océano y acabar así con la escasez de alimentos?

Mientras que los británicos consideraban que el bungalow destrozado era como una baraja de cartas esparcidas por los campos, los japoneses vieron en él una oportunidad. Igual que un tahúr profesional que reparte una nueva mano, lo volvieron a levantar y lo convirtieron en sus oficinas centrales, además de construir búnkeres en las colinas circundantes. Introdujeron en la isla el caracol gigante, una especie nativa de Malasia que constituía una gran fuente de proteínas. Cuando los barcos británicos rodearon las islas y bloquearon la llegada de suministros, el caracol se convirtió en su salvación, un tentempié listo para comer que ni siquiera necesitaba sal. Una década después, los decrepitos búnkeres serían el único recordatorio de los comedores de caracoles. El número de caracoles aumentó drásticamente y estos se convirtieron en una de las plagas de jardín más destructivas, tan solo por detrás del muntíaco de la India, introducido por los ingleses a modo de diversión.

En el momento en que el viento empezó a soplar a favor de las fuerzas aliadas, lord Goodenough fundó un nuevo comité en la Cámara de los Lores para devolver las islas al redil. Pero la dicha de la victoria en la Segunda Guerra Mundial tendría una vida tan corta como la de un amanecer. Porque en el Imperio británico, el sol se había puesto. Las islas Andamán pasarían a formar parte de una India independiente. Lord Goodenough no pudo evitar sentirse traicionado. A pesar de su posición como aristócrata influyente en la mayor potencia colonial que el mundo había conocido, no pudo regresar al lugar en el que tanto se había acercado a Dios.

Atrapada entre los famélicos comedores de caracoles y los *sahibs* en retirada, la isla se convirtió en una tierra de nadie durante casi dos años. En esa época, cuatro jóvenes *karen** borrachos –una comunidad que los británicos habían importado de Birmania para que trabajara en sus granjas– se declararon los jefes supremos de aquella tierra y convirtieron el bungalow Goodenough en su palacio. Se pasaban los anocheceres en el patio, dibujando bigotes sobre la imagen del rey Jorge en la rupia británica y diseñando banderas con manteles. Dedicaban horas enteras a debatir cuál sería el símbolo nacional de las islas libres. ¿Sería la feroz escolopendra de treinta centímetros de largo o el menudo y amable vencejo que construía su nido con su propia saliva? En 1948, el Departamento Forestal se convirtió en el único puesto avanzado de la nación recién fundada, como una bandera raída ondeando sobre un traicionero pico nevado.

Cuando Girija Prasad decidió instalarse en el bungalow Goodenough sin saber nada de todo esto, lo hizo por la misma razón

* Etnia de Birmania emigrada desde el sureste de China en época prehistórica.

por la que los Nanga Divinos, los británicos, los japoneses y los *karens* se habían visto atraídos hacia allí. Desde la cima se podía ver cómo el sol centelleaba sobre un mar engañosamente azul. Allí, uno se sentía como el rey del mundo.

Y mientras Girija Prasad pensaba en traer allí a su esposa, lord Goodenough pensaba en seguir adelante. En esta ocasión planificó un viaje por las islas del Pacífico. Al tiempo que la pareja pasaba su primer mes de matrimonio encerrada entre las furiosas capas de una tormenta, el lord reanudó su viaje hacia Dios. En su recorrido por el Pacífico, se dio cuenta de que todos los nombres, sin importar lo nuevos o únicos que fueran, eran en último término sinónimos de una verdad universal aunque esquiva. La naturaleza de la vida y la lucha por la supervivencia seguían siendo las mismas, no importaba cuántos dedos tuviera una criatura.

Poco después, murió.